



*El silencio  
del valle  
esconde  
una terrible  
venganza*

*el* VÍNCULO  
PERFECTO

CAROLINA SOLÉ

**Click**  
EDICIONES

# Índice

## *DEDICATORIA*

## *PRÓLOGO*

1. SERRAT DE NAS
2. FINCA PRATS, SANTA EUGENIA DE NERELLÀ
3. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
4. GERARDO
5. MONTELLÀ, FINCA CAL ROIG
6. VALLE DE RIDOLAINA
7. FINCA PRATS, SANTA EUGENIA DE NERELLÀ
8. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
9. FUENTE DE ABAJO, NAS
10. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
11. SEDE DE LA REGIÓN POLICIAL DEL PIRINEO OCCIDENTAL. LA SEU D'URGELL
12. PUIGCERDÀ, DOMICILIO DE MAGDA ARDERIU
13. FINCA PRATS. SANTA EUGENIA DE NERELLÀ
14. CAMPO DE FÚTBOL MUNICIPAL, BELLVER DE CERDANYA
15. NEFOL, SANTA MAGDALENA
16. RESTAURANTE EL GALET, PUIGCERDÀ
17. CAMPO DE GOLF DE FONTANALS, CASA CLUB
18. GERARDO
19. LA TASCA, BELLVER
20. FINCA PRATS, SANTA EUGENIA
21. CASA DE JB SILVA, MOSOLL
22. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
23. NEFOL, CASA DE LA VÍCTIMA
24. SALA DE CAPORALES, COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
25. FINCA PRATS, SANTA EUGENIA DE NERELLÀ
26. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ

27. GERARDO
28. HOSPITAL DE PUIGCERDÀ
29. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
30. TANATORIO DE PUIGCERDÀ
31. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
32. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
33. IGLESIA DE DAS
34. COMISARÍA DE LA SEU
35. GERARDO
36. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
37. CASONA DE LA FINCA PRATS
38. COMISARÍA DE LA SEU D'URGELL
39. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
40. FINCA ROIG, MONTELLÀ DE CERDANYA
41. CASONA, FINCA PRATS
42. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
43. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
44. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
45. CASONA, FINCA PRATS
46. CEMENTERIO DE SANTA EUGENIA DE NERELLÀ
47. CASA DEL MOLINO DE RIDOLAINA
48. CARRETERA DE ANDORRA, KM 222. LA SEU
49. CASA DEL MOLINO DE RIDOLAINA
50. GERARDO
51. FINCA PRATS
52. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
53. FINCA PRATS
54. COMISARÍA DE LA SEU
55. EDIFICIO DESCLÒS, PUIGCERDÀ
56. CASA DE TATO SALAS, CAPDEVILA, PRATS
57. PUIGCERDÀ
58. CASA DE LA COMISARIA MAGDA ARDERIU, PUIGCERDÀ
59. MOSOLL
60. FINCA PRATS
61. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
62. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ. DESPACHO DE JB SILVA
63. COMISARÍA DE LA SEU

64. COMISARÍA DE PUIGCERDÀ
65. LA TASCA, BELLVER DE CERDANYA
66. FINCA PRATS
67. GERARDO
68. CASA DE COLONIAS DE RIDOLAINA
69. FINCA PRATS
70. EDIFICIO DESCLÒS, PUIGCERDÀ
71. COMISARÍA DE LA SEU D'URGELL
72. SERRAT DE LA BALMA, CAMPAMENTO DE GERARDO
73. SERRAT DE LA BALMA, CAMPAMENTO DE GERARDO
74. SERRAT DE LA BALMA, CAMPAMENTO DE GERARDO
75. SERRAT DE LA BALMA, CAMPAMENTO DE GERARDO
76. SERRAT DE LA BALMA, CAMPAMENTO DE GERARDO
77. COMISARÍA DE LA SEU D'URGELL
78. ADOSADO DE MAGDA ARDERIU, PUIGCERDÀ
79. CASA DE JB SILVA, MOSOLL
80. CALLE DEL MAR, BARRIO DE LA BARCELONETA, CIUDAD CONDAL

*AGRADECIMIENTOS*

*BIOGRAFÍA*

*CRÉDITOS*

*CLICK*

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*A mi hijo Quique,  
por ese vínculo perfecto con los animales*

## PRÓLOGO

A mitad de la escarpada pared noroeste del Serrat de Nas, la pequeña cría de pocas semanas se mueve con torpeza en el nido. Sus alas encogidas apenas se despegan de un cuerpo cubierto por una fina capa de pelusilla blancuzca que en pocos meses se transformará hasta convertirse en uno de los plumajes más espectaculares de la naturaleza, aunque por el momento apenas logra sostenerse erguida unos segundos para volver a caer de nuevo sobre el lecho de lana sucia, pequeños troncos y restos de comida putrefacta regurgitada por sus progenitores. Solo el silbido del viento del norte rompe el silencio en la gruta. Un hábitat sembrado con despojos en descomposición y egagrópilas: pelo y pezuñas cuya quinina no han podido digerir los jugos gástricos de sus adultos. Cada poco, la cría intenta ponerse en pie sin apartar la mirada de lo más hondo de la cavidad, donde el óvalo dorado que le llama tan poderosamente la atención acaba de eclosionar. Pequeños copos helados que el viento arrastra a bocanadas comienzan a blanquear la entrada mientras, en la profundidad de la gruta, el frágil polluelo que amanece a la vida sigue cobijado en la cáscara quebrada. La cría llevaba nueve días observando aquel tesoro.

Mientras tanto, dos figuras planean en el vacío ante la pared rocosa. Vigilantes silenciosos suspendidos en el aire que llevan varios días al acecho, atentos al momento en el que las fuertes ráfagas permitan el acercamiento. Cuando ocurre, los intrusos se aproximan hasta posar las garras en el borde del entrante. Dos pares de huellas inquietas oscurecen el suelo blanquecino de la entrada y desatan con sus siluetas el piar agudo, repetitivo e incansable de la cría. Con ojos inquietos y movimientos rápidos avanzan resueltas hacia el fondo de la cueva mientras la cría, erguida cuanto puede, aletea con el pico entreabierto y la mirada extraviada. El feroz anillo protuberante alrededor del ojo, tan propio de los suyos, aún no ha adquirido el potente color rojo fuego que confiere fiereza a los adultos de su especie. Pero el instinto ya la hace

insistir en un piar repetitivo y estridente que acelera con obstinación cuando se le acercan. Entonces estira el cuello y su torpeza la hace oscilar peligrosamente en la dirección de uno de los depredadores, que la esquiva de un salto. Aun así, persiste en su piar irritante hasta que el primer picotazo le perfora el ala. Entonces enmudece un instante, sin comprender. La sangre violenta de inmediato el blanco plumaje. Los oscuros visitantes comienzan a parlotear entre ellos. El macho explora con el pico el huevo fracturado en el que apenas se percibe movimiento. Cuando lo mira en silencio, su compañera avanza y picotea la cáscara repetidamente hasta dejar el contenido casi al descubierto. La masa rosada de pluma, pico y huesos empieza a moverse con torpeza amaneciendo a la vida ante los depredadores bajo la mirada autista del hermano.

De repente, la oscuridad toma la gruta. Una presencia de casi tres metros se acerca por el aire a la pared rocosa e impide la entrada de luz. La intimidante progenitora posa sus poderosas garras con destreza en el borde de la gruta. Al instante, el aleteo nervioso de los cuervos convierte el nido en un campo de lana y pelusa flotando en el aire. En la confusión, uno de ellos tira con el pico del contenido del huevo y desata tras él un grito espeluznante. La imponente hembra avanza dos pasos con su magnífico plumaje dorado y el primer picotazo inicia el movimiento desesperado de los cuervos. Pronto huyen del nido. Ella recoge con su pico letal el trozo de carne sanguinolenta que ha perdido al gritar, alimenta a la cría y desaparece de nuevo en el precipicio.

La calma parece haber regresado al nido. La pelusa del ambiente se va posando de nuevo sobre el suelo mientras la cría traga la comida en sacudidas espasmódicas. Los restos del cascarón dorado aún contienen al inquilino, que ahora apenas se mueve. De pronto la cría les lanza una mirada circunspecta, se yergue, estira el cuello y lo picotea un par de veces. Se separa, lo mira de nuevo e introduce el pico en la grieta del cascarón, hasta el fondo. Al instante, un hilillo de sangre despierta su instinto. Entonces hunde repetidamente el pico en el cráneo maltrecho de su hermano, buscando el modo de romperlo para ingerirlo.

El cainismo propio de la especie se rige por una máxima: solo puede quedar uno.



## SERRAT DE NAS

Los dedos fuertes y ágiles del hombre tantean el espacio entre la lápida de mármol y el borde de la fosa, buscan una hendidura. Cuando encuentran un hueco en el que casi puede introducir las falanges distales enteras, coge el gato, lo despliega e introduce la base en la ranura. No encaja lo suficiente como para soportar el peso y usa la cabeza del hacha para golpear la parte baja hasta introducirla al máximo. Al instante, el traqueteo mecánico del artefacto rompe con impertinencia el silencio del pueblo, casi deshabitado. La gran losa marmórea empieza a separarse de la tierra liberando un fuerte hedor a moho y humedad gélida. La oscuridad de la madrugada amplifica el ruido, que persiste implacable. El hombre no se detiene. No hasta que la lápida se eleva lo suficiente. Entonces suelta la manivela y espera un momento, atento al silencio. Enciende la linterna y dirige el haz al interior del sepulcro. Desde la profundidad de la fosa el rostro cadavérico de un septuagenario lo observa ciego tras el cristal del ataúd.

Sin dejar la linterna, el hombre se tumba en el suelo y repta hasta deslizarse dentro de la fosa. Apenas hay espacio y acomoda como puede una rodilla entre la pared de tierra y la caja. Sus dedos no pueden abrir el ataúd, busca el hacha que ha dejado en la superficie y, con un golpe certero, inutiliza la cerradura. A punto de abrir la tapadera sus ojos se detienen un instante en el cristal. El movimiento tras él es incesante. Decenas de larvas e insectos trabajan desde hace semanas, sin descanso, en lo que ya no es más que una carcasa humana.

En cuanto levanta la tapa, el hedor intenso de la putrefacción se extiende en la fosa como una niebla densa y pegajosa que aturde los sentidos. Consciente de la toxicidad, enfoca presto el interior de la caja con la linterna en busca de su objetivo. Las manos huesudas y apergaminadas del viejo trajeado descansan a ambos lados del cuerpo. En ellas no hay rastro del magma fauno larvario que ha suplantado su rostro.

Apoya la linterna en el borde de la fosa y las coloca sobre el pecho del cadáver, alineadas. Coge el hacha y las separa de un golpe certero. Luego las deja fuera, en la superficie, y mira hacia los pies del muerto. Con presteza de movimientos le quita los zapatos y usa de nuevo el hacha para separar las extremidades inferiores, que también lanza fuera del foso. Vuelve a introducir los zapatos en la caja, en el hueco que han dejado los pies. Cuando está concentrado bajando la tapa acristalada, fuera estalla un grito violento.

Apaga la linterna y agudiza los sentidos. Se asoma y la imagen lo desconcierta casi tanto como lo están los ojos de la mujer, de negro riguroso, que se cubre la boca con la mano. Sale de la fosa y la mira, con el índice vertical sobre los labios. Eso no impide que ella comience a gritar. Él no puede permitir que su secreto salga del recinto, pero ella no parece dispuesta a comprenderlo. El amanecer ha comenzado y las sombras de la noche van tomando forma real de coronas de flores o lápidas bien perfiladas. Él se le acerca con las manos abiertas en alto. Ella retrocede hasta que baja la vista y sus ojos se abren demasiado. Entonces él comprende lo que acaba de ver. No hay vuelta atrás, pues. Amenazas y gritos se suceden mientras ella huye hacia la salida. El miedo a que alguien la oiga lo espolea y la alcanza en pocos pasos. Una mano sobre su boca acalla los gritos, la otra alrededor del pecho la hace encogerse sobre sí misma. La lucha dura apenas unos segundos, caen al suelo, ruedan hasta una losa. Ella deja de resistirse y él comprende que se ha golpeado. Aún respira. El día despunta y en pocos minutos el sol no dejará rincón oscuro donde ocultarse. Sus ojos revisan la escena: los pedazos cerúleos que ha venido a buscar siguen esparcidos sobre el suelo, el mecanismo del gato mantiene la lápida abierta como un libro.

El cuerpo de la mujer produce un golpe seco al caer al foso. La ve moverse semiinconsciente y algo se le ilumina por dentro. Un juego. Enciende la linterna y la lanza dentro. El haz ilumina la pared de tierra rocosa. Si consigue salir viva se habrá ganado el derecho a delatarle. Desde la carretera llega el ruido del motor de un tractor alejándose hacia Pi y él se afana con la manivela del gato. Cuando la losa ha vuelto por completo a su lugar recoge el botín e introduce manos y pies mutilados en una bolsa. Con el gato sobre el hombro y la bolsa y el hacha en la otra mano, se dirige al coche.

Antes de salir del recinto, una piedra cae a su espalda repiqueteando con otras hasta detenerse en seco. Él se vuelve hacia la zona norte, donde el pequeño murete de piedras que rodea el camposanto es más alto. Duda un instante. Puede haber sido un animal, cualquier cosa. Sigue su camino pensando si la viuda ganará la partida que juega desde el foso, pero se detiene antes de llegar a la verja y se vuelve. Sus ojos se clavan en los de la mujer que lo observa tras la valla. Lleva ropa de deporte y la expresión de su mirada no deja dudas sobre lo que ha visto. La bolsa que él sujeta cae al suelo con un golpe sordo. Dos pájaros negros despegan a la vez de una rama del álamo que crece paralelo al campanario.

Ella empieza a correr.

Él no tarda en alcanzarla.

## FINCA PRATS, SANTA EUGENIA DE NERELLÀ

Kate Salas avanzaba hacia Bellver bajo un cielo amenazador, intentando amarrar su mente con los números. Contaba mientras corría, ignorando las decenas de minúsculas gotas que tropezaban en su rostro para morir casi al instante contra el viento. Contaba hasta cien y vuelta a empezar. Incapaz de escapar del irritante avispero en el que llevaba meses atrapada y del que ya no conseguía librarse ni siquiera cuando corría.

No había día que no se preguntara cómo había llegado a la situación en la que estaba. Y no había día en el que la respuesta a esa pregunta no le dejase el amargo e intenso sabor de la frustración por haber tomado una decisión tan arriesgada sin tener en cuenta las consecuencias que podía comportarle profesionalmente. Había comprendido demasiado tarde que la culpa era mala compañera de viaje, y que empeñarse en cumplir con antiguas deudas morales la arrastraría al averno en el que transitaba.

Haber dedicado seis años en cuerpo y alma al bufete para acabar ahogada por deudas que ni siquiera eran tuyas era intensamente frustrante. Porque, aunque conservaba el cargo, la atenazaba la angustiada sensación de estar perdiendo todo por lo que llevaba tanto tiempo luchando. No podía negar que ver su nombre en el panel de la entrada del edificio le acariciaba el ego todos los días, pero eso no era suficiente. Quería más. En realidad, lo que quería era volver a ser lo que había sido desde el principio para su mentor y socio mayoritario de la firma, Paco Mendes. Quería ser su mano derecha, su persona de confianza..., su primera opción.

Pero desde el accidente del anterior diciembre, que había dejado a su mejor amiga, Dana Prats, casi imposibilitada, todo había cambiado. En un momento delicado, con Dana en el hospital y un pronóstico preocupante, Kate había decidido de forma impulsiva hacerse cargo de su negocio, tomar las riendas de la adeudada propiedad de las Prats en el valle donde ambas habían nacido y evitar el embargo con su propio

patrimonio. Desde entonces repartía su tiempo entre el bufete y la finca, consciente de que, mientras Dana avanzaba paso a paso en su recuperación, ella soportaba una carga de trabajo ingente, siete días por semana, que la mantenía permanentemente exhausta y que la alejaba de su objetivo profesional. Algo que Paco se encargaba de recordarle con cada decisión que le atañía.

La última era el expediente Aragall. Un asunto de primera línea del que se iba a encargar el bufete. Kate lo quería, había hablado con Paco del asunto e incluso le había apuntado la estrategia para mostrarle que había hecho los deberes. Pero lo único que había recibido por respuesta eran las largas a las que la tenía acostumbrada últimamente. Desde que el jefe la había apartado de la defensa de su hermano Mario, acusado de prevaricación y evasión de impuestos, y su sustituto no había conseguido que el corrupto hermanísimo saliese bien parado, Paco se la tenía jurada. Y era porque sabía tan bien como ella que lo que casi les había costado el caso era la rabieta absurda por la que la había sustituido en la defensa, cuando ella únicamente le había pedido unos días para cuidar a Dana tras el accidente.

Ambos sabían que las prisas por apartarla del caso, para demostrar su innecesariedad, lo había precipitado todo. La cuestión era que desde entonces nada había sido lo mismo entre ellos. En las reuniones de trabajo, en los cruces de pasillos, en el ascensor, en cuanto sus ojos coincidían aquel asunto seguía destilando un veneno que emponzoñaba la relación. Kate había llegado a la conclusión de que Paco, que jamás concedía ni siquiera el paso a sus adversarios, la culpaba por haber tenido que ceder ante la fiscalía para salvar el pellejo a su hermano. Ese era el resumen. Y, en esas condiciones, era ingenuo esperar justicia u objetividad de su parte a la hora de asignar el caso Aragall. Además, le conocía demasiado bien para saber que esas virtudes no iban con él y que la decisión de permanecer en el valle con Dana, en lugar de correr a ocuparse de su corrupto hermano, seguía siendo considerada una insumisión y falta de lealtad en toda regla. Por eso, a pesar de ser la mejor abogada del bufete para el caso, después de seis días, Paco aún no la había llamado al despacho para entregarle el dossier.

Kate se encontró en lo alto de la recta de Pi a Bellver sin ser consciente del camino recorrido desde Santa Eugenia. Aquellas lagunas le ocurrían cada vez con mayor frecuencia. Desconectar de lo que estaba

haciendo para entrar en una espiral de posibles decisiones en los tantos frentes abiertos que le comían la vida era cada vez más habitual y le hacía cometer errores que luego debía subsanar. Empezó a contar de nuevo cuando iniciaba el descenso de la cuesta con la mirada al final de la carretera. La frustración por la posibilidad de perderse un asunto mediático y complejo, de los que se le daban tan bien, a causa de una decisión que ya no podía cambiar la comía por dentro. Igual que la decepción al comprobar día a día que el frío trato que su mentor le dispensaba no era temporal, como ella había creído al principio, sino un profundo e irrevocable cambio en su relación, de sombrías consecuencias para su carrera. No había más que ver que, pese a su excelente estrategia para la defensa, el dossier no estaba aún sobre su mesa. Un pésimo augurio sobrevolaba su intuición como un oscuro cuervo y le impedía darle la vuelta a la situación.

Esa idea la dejó pensando un instante y ralentizó el paso. Darle la vuelta... Cambiar el sentido de su decisión... Casi se detuvo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Si quería el caso Aragall, lo que debía hacer era buscar apoyos por encima de Paco, en lo más alto: en el Consejo. Su mente se disparó. Ahora que era socia y tenía acceso a los señores, podía aprovechar la buena relación con algunos. Repasó mentalmente la imagen de la mesa de juntas con los altos capos del bufete. Con ellos lo tenía difícil: les extrañaría que la protegida de Mendes buscara apoyo. Pero había una mujer en esa mesa, Ana Mortuño, a quien Kate había asistido en un par de ocasiones en casos exitosos. ¿Cómo no lo había pensado antes? Aun a riesgo de que Paco se pillase un rebote, aquello era lo mejor que se le había ocurrido. Aceleró el paso con brío renovado. Ella era la clave, la que podía ayudarla a decantar la decisión del jefe en su favor.

Dobló en la primera curva a la entrada de Bellver concentrada en el plan. Necesitaba una estrategia, planear cómo y cuándo abordarla, y debía hacerlo ya. Empezaba la primera Semana Santa que pasaría alejada del bufete y, tal como estaban las cosas, era más que probable que Paco aprovechara precisamente esos días que ella pasaba en el valle, resolviendo los asuntos de la finca, para asignar el caso. Si es que no lo había hecho ya.

La frustración le encajó las mandíbulas mientras visualizaba a Paco la noche anterior, cuando se habían cruzado en el vestíbulo del bufete. A

las diez de la noche ella ya se iba a casa, él venía de visitar a algún cliente con Marcos a su lado. Soltó un bufido y aceleró con rabia. La imagen de su sustituto la enervaba. Su servilismo con el jefe y que en los últimos meses se hubiese convertido no solo en su sombra, sino en un patético intento de emulación, buscando la misma imagen, las mismas corbatas e incluso el mismo tono de piel moreno y saludable tan característico de Paco la ponía de los nervios. Pero lo que más la encendía era que el muy necio hubiese empezado a mirarla con la misma frialdad. Lamentaba todas y cada una de las veces que le había echado algún cable cuando llegaron al bufete. Un abogado mediocre como él no merecía el puesto, y lo incomprensible era que Paco transigiese. Porque estaba claro que lo hacía, tan diáfano como ahora veía ella su propia ceguera hasta la noche anterior, cuando por fin había comprendido que su puesto ya no era suyo. Una certeza bajo la que ya no cabía plantearse hasta cuándo pensaba hacerle pagar Paco la insubordinación, sino si el enorme ego del jefe dejaría un hueco para la sensatez con ayuda de la consejera Mortuño.

En cualquier caso, ella no estaba dispuesta a abandonar sin jugar todas sus bazas, porque ganar un proceso mediático como el caso Aragall la devolvería al lugar que le correspondía y del que la habían apeado sus buenos y estúpidos sentimientos cuando decidió implicarse a fondo en los problemas de Dana y en la finca Prats. De modo que, si finalmente Marcos se llevaba el caso, estaría esperando atenta al primer error para hacer sangre. Aunque con ello tuviese que salpicar al mismísimo Mendes.

Kate recorrió las calles de Bellver hasta la entrada a la nacional y en la última rotonda dio la vuelta. La frustración por tener que volver a ganarse los casos le desató una oleada de rabia hacia esa llamada de auxilio con la que Dana había convertido su vida perfecta en el penoso camino por el que transitaba ahora. Las palabras seguían nítidas en su memoria: esta mañana han encontrado muerto a Jaime Bernat y la policía ya ha estado aquí, necesito que vengas... Kate entrecerró los ojos y aumentó el ritmo de la carrera a la entrada del pueblo. No hacía ni un año que la abuela de Dana le había pedido en su lecho de muerte que la protegiese. «Ambas sabemos cómo es Dana —había dicho la viuda Prats—: necesita a alguien con los pies en el suelo y solo te tiene a ti. Prométeme que cuidarás de ella por mí.»

Pero se le había olvidado mencionar los problemas económicos de la finca, y a Dana contárselos. De modo que en los meses posteriores las

dificultades de liquidez se habían convertido en un agujero negro en el que Dana se ahogaba y Kate había acabado metiendo también todo su dinero. Un foso del que ahora ninguna podía escapar.

La música de su nuevo iPhone cesó para dar entrada a una llamada y Kate pulsó el manos libres sin mirar la pantalla.

—¡Sí!

—Catalina, me voy unos días a Burgos a cazar corzos. Salimos por la mañana. ¿Ya subes a la Cerdanya?

—Sí —respondió seca.

Solo su abuelo la llamaba como cuando era una enana. Para el resto de los mortales era Kate Salas. Con él no valía la pena discutir, porque al excomisario de policía de Puigcerdà jamás le habían importado las preferencias u opiniones de los demás, solo las suyas. Miguel Salas Santalucía, que se había encargado de sus tres nietos desde la muerte de su hijo, solía escapar del valle durante las épocas en las que se llenaba de foráneos. Pero era la primera vez que la llamaba para informarla de sus planes.

—¿Vas a la finca Prats?

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Acaso ella no iba siempre a la finca?

—Claro.

—Bien, pero echa un vistazo a la casa de Das y cuida de tus hermanos.

Acabáramos.

—No te preocupes por ellos, se cuidan bien solos. Y yo estaré muy liada con los números de la finca, así que no creo que pueda acercarme a Das. Deja la casa bien cerrada como siempre; por unos días tampoco creo que pase nada.

Un silencio tenso al otro lado de la línea la hizo sentir mejor al instante. Aceleró el paso.

—Haz el favor de no olvidar con quién estás hablando, Catalina —la reprendió—. Tengo que irme, me esperan, pero recuerda que te dejo al cargo, así que haz el favor de obedecer en lugar de cuestionarlo todo constantemente. ¿Está claro? —Kate aceleró más el paso. Obediencia sin condiciones era mucho pedir a alguien a quien él mismo había dejado de lado en asuntos importantes...—. ¿Está claro? —insistió.

—Solo me quedaré hasta el domingo; sería mejor que llamasas a Miguel. Además, no tengo llaves de Das, y él sí. Dile que, si hay algo, llevo



móvil. Como ahora.

—¿Se puede saber por qué respiras así? —la interrumpió irritado.

—Estoy corriendo.

—¿No me has dicho que ya subías?

¡Dios! ¿Es que no pensaba colgar nunca?

Kate se detuvo para zanjar el asunto de una vez.

—Subí anoche y he salido a correr. ¿Necesitas algo más? —pidió impaciente arrancando de nuevo.

—Te he dejado un juego de llaves en el zurrón del cobertizo, ya sabes dónde. Quédatelo, será el tuyo. Y haz lo que te he dicho... —Cortó el silencio—. ¿Me has entendido?

Kate se contuvo y respondió con un impaciente *¡sí!*

—Entonces, haz lo que te he dicho y no me falles.

¡Dios! ¿Cuándo lo había hecho? Si ni siquiera recordaba que le hubiesen dado la oportunidad.

—Bueno, que tengas buen viaje —bufó.

Al colgar se detuvo un instante y respiró un par de veces con los ojos cerrados. ¿Desde cuándo el abuelo la llamaba para comunicarle sus planes de caza o sus salidas y entradas? Ni siquiera sabía si había llegado al valle y ya pretendía organizarle la Semana Santa. Era irritante que, después de tantos años alejada de todo eso, tuviese que volver a soportar el tono superior, que no dejaba lugar a réplica, de su adolescencia. «Cuida de tus hermanos.» Como si Miguel y Tato, ambos pasada la treintena, fuesen a necesitar algo de ella. Y en tal caso, faltaba que ella decidiese ayudarles, porque con Dana había cubierto con creces su cuota de «auxiliadora» de familiares y conocidos. Siguió intentando acompañar la respiración, pero no lo conseguía y se irguió buscando algo en lo que perderse para borrar el sabor acre que le dejaban siempre los casi monólogos del abuelo.

A ambos lados de la carretera los trigales empezaban a despuntar. Finos tallos de un verde suave, apenas perceptible, crecerían en pocas semanas hasta llegar a los setenta centímetros de las plantas más altas al final del verano. Parecían hacerlo en silencio, pero no era cierto. Escuchó con atención su propia respiración acelerada mientras contemplaba la extensión de tallos que llegaba hasta el bosque.

Una vez, al atardecer, la abuela de Dana había llevado a su nieta y a Kate hasta los campos del extremo oriental de la finca y las había dejado

sentadas durante horas en medio de uno para que los oyeran crecer. Recordaba bien el juego de esa noche tras la cena, las tres en el salón principal, cuando les pidió que reprodujesen el sonido de esos tallos. Ellas dos se habían reído de la propuesta y habían bromeado y discutido sobre el asunto. Regresaron al día siguiente para fijarse bien y lo intentaron durante horas. Entonces tenían once años y todo era posible, pero en verano cumplirían los treinta y la magia se había volatilizado. En su lugar estaban los problemas reales que las asfixiaban.

Kate alzó la vista hacia el Cadí y notó de nuevo algunas gotas en la cara. Apenas soplaba viento al pie de la cuesta de vuelta hacia Pi, aunque desde La Seu se acercaban nubes negruzcas a una velocidad increíble. Respiró hondo y arrancó de nuevo buscando con la mirada algún atisbo de claro en aquel cielo tan encapotado como su propia vida. La primavera parecía haber recogido el testigo de un invierno inusualmente lluvioso y no había claros.

Al final de la cuesta, cuando entró en Pi, lloviznaba con mayor intensidad y Kate aligeró el ritmo. Empezaba a notar molestia en las rodillas por el desnivel y eso le recordó lo poco que faltaba para agosto. Cerca de cumplir los treinta, su vida era un completo desastre, con todos sus ahorros enterrados en la finca y una carrera profesional estancada debido a Dana y esa absurda y permanente dependencia que apenas la dejaba respirar. Había perdido su estupenda y exitosa vida por una mala decisión de la que se arrepentía cada minuto desde entonces. Y lo peor ni siquiera era la asfixiante sensación de haberla perdido, sino la oscura perspectiva de no saber si algún día podría recuperarla. La frustración y el desaliento habían empezado a hacer mella en su ánimo e intentaba sobrellevarlo haciendo cada vez más deporte. Con frecuencia sentía que estaba perdiendo la batalla, como había pasado la semana anterior, cuando su estiloso adjunto, Luis, había descubierto la fecha de su cumpleaños y empezado a disparar propuestas locas para celebrar su entrada en los treinta con una gran fiesta llena de solteros apetecibles. Por suerte se había librado inmediatamente de él fingiendo una llamada, pero había arrastrado una sensación decadente y extraña durante el resto de la jornada.

Las gotas caían cada vez con más fuerza, y Kate tomó el primer desvío hacia Santa Eugenia por el camino forestal. Puede que Luis tuviese razón, aunque la presión por cerrar con éxito cada uno de sus casos y las

constantes subidas al valle ocupaban todo su tiempo, incluido el de una posible vida social. Además, como norma había descartado compañeros y clientes, y, aparte del bufete o los juzgados, el único lugar que solía frecuentar era el gimnasio, al que también había renunciado cuando la cuota se había convertido en algo imposible. De ahí que hubiese empezado a correr. Se negaba a acabar sus maratonianas jornadas en uno de esos centros municipales en los que todo olía a humedad o sudor, donde había que secar cada máquina antes de usarla y ni siquiera se atrevía a ducharse. Ya no estaba dispuesta a soportar según qué cosas en su vida. Prefería correr y olvidarse de los hombres porque no pensaba volver a equivocarse; con una vez bastaba. Seis años en el bufete y el único error que había cometido en ese sentido la perseguía como un maldito zombi desde la noche de su ascenso, cuando aceptó la propuesta de Paco tras la cena en el hotel Arts.

Acostarse con Paco Mendes era algo con lo que había fantaseado desde la primera vez que le vio en la clase magistral que él impartía en la facultad. Pero hasta la noche del ascenso jamás había habido nada entre ellos. Cinco años trabajando a su lado, sin descansos ni vacaciones, solo expedientes, comidas, cenas y jornadas maratonianas en el despacho la habían convertido, algunos meses atrás, en socia júnior. Y lo único que lamentaba de todo eso era no poder borrar lo ocurrido en el maldito hotel. Lo único, porque, aunque intentaba no pensar en ello, era innegable que el asunto permanecía como una sombra negra en su pasado reciente de la que le costaba librarse. Tanto era así que no había vuelto a estar con nadie. Aunque quizá eso también fuese un maldito error.

El primer tramo del muro que rodeaba la finca apareció tras el desvío de Santa Eugenia. Kate notó cómo se le fruncía el ceño. Desde pequeña la había fascinado ese muro gaudiniano y señorial que rodeaba la propiedad de las Prats convirtiéndola en un mundo aparte, seguro y exclusivo, en el que parecía que nada malo pudiese suceder.

¡Qué idiotéz! Ahora se daba cuenta de cuán equivocada había estado. Nada podía protegerla de sus errores, nada. Y últimamente no dejaba de cometerlos. Hacerse cargo de la finca había sido el mayor de todos. Pasar tanto tiempo en el valle, aunque fuese protegida por esos muros, resucitaba sensaciones de su adolescencia que creía superadas. La cercanía de los suyos despertaba el agrio recuerdo de antiguos agravios de la adolescencia que avivaban con fuerza la misma necesidad casi dolorosa

de alejarse de allí, de huir de cuantos la habían decepcionado, de los que pretendían controlar su vida o continuaban juzgándola. Y nada podía librarla de eso excepto la vida que había construido lejos y que ahora estaba perdiendo por Dana y lo que protegían esos muros. Veinte años después seguía atada al valle y a todo lo que tanto odiaba cuando se había ido. Y el instinto le decía que debía hacer algo pronto o se quedaría atrapada para siempre.

Por más que le daba vueltas no encontraba la salida. Los problemas económicos por los que pasaba la propiedad habían convertido su existencia en un sinvivir. La semana que tenía por delante debía preparar la documentación para la renovación del crédito, la agenda de pagos a los proveedores e intentar cobrar los pupilajes pendientes de la hípica. Los problemas de dinero por los que estaban pasando le sorbían la energía como sanguijuelas insaciables, impidiéndole pensar en una solución global o en cualquier otra cosa. Eso le recordó la carta de la Barraquer que llevaba dos semanas en su maletín y en la que les daban fecha para el trasplante doble de córnea que necesitaba Dana. Algo que ni siquiera le había mencionado a ella. ¿De dónde se suponía que iban a sacar los catorce mil euros que les pedían?

### 3 COMISARÍA DE PUIGCERDÀ

La comisaria Magda Arderiu colgó el teléfono de su despacho en la sede de la policía de Puigcerdà y clavó la mirada en el caporal que tenía sentado enfrente. Si Arnau Descòs no fuese hijo de quien era le tendría haciendo guardias nocturnas hasta el apocalipsis. Tiró de un pañuelo de la caja que acostumbraba a tener sobre la mesa y se secó la palma con la que había sujetado el auricular. No estaba dispuesta a soportar más conversaciones como la que acababa de mantener con el alcalde de Montellà, se dijo mientras convertía el papel en una bola húmeda y cogía otro. Y menos aún por unas cabras perdidas. Había puesto a Arnau en el caso porque tenía contactos, era de la zona, y su padre, el juez Descòs, compartía mesa con el edil en el Consejo Regulador de la Cerdanya (CRC). Estaba claro que el incompetente caporal ni siquiera había conseguido hacer comprender al alcalde que resolver el asunto de sus cabras era cosa de los forestales. Y eso la había obligado a contenerse, en lugar de ponerle en su sitio cuando el edil la había amenazado con denunciar al cuerpo.

Magda echó los pañuelos a la papelera y estudió de reojo a Descòs, entretenido intentando borrar con la uña del pulgar una mancha en la manga de su uniforme. Rodeada de incompetentes, así estaba. Y lo peor era que contra este ni siquiera podía tomar medidas represivas. Por lo menos no mientras su padre presidiese el CRC, la entidad que controlaba en la sombra las transacciones de tierras y usos de agua en la zona, en cuyas reuniones se tomaban las decisiones realmente importantes del valle.

El *lobby* había perdido recientemente a uno de sus miembros, todos importantes propietarios de la zona, y en un par de semanas se llevaría a cabo la votación para ocupar la codiciada vacante que había ocasionado su muerte. En el valle ese puesto era el espaldarazo definitivo para la consolidación social de cualquiera, además de la llave de acceso a ciertos

círculos. Y con ese objetivo, cinco meses atrás, en el mismísimo funeral del exconsejero Jaime Bernat, Magda ya había iniciado su particular campaña para ocuparla.

Desde entonces había recabado apoyos, pergeñado encuentros y sembrado favores a los socios que ahora esperaba recoger en la votación. Quería ese puesto y sería suyo. Ser la primera mujer en ocupar una de sus sillas era un buen aliciente, pero no el único. La verdadera motivación irresistible era Vicente. El alcalde de Puigcerdà llevaba tantos años intentando hacerse con una de esas sillas que Magda apenas podía contener la emoción al pensar en el momento de darle la noticia.

Un movimiento del caporal captó su atención y la llevó de vuelta al asunto de las cabras. Imposible cesarle ni apartarle del caso, a riesgo de que le fuese con el cuento a su padre. Y a pocos días de la votación no era el mejor momento para un desencuentro con un miembro del Consejo, pues todos tenían derecho a voto. Así que lo mejor sería asignar el asunto a alguien capaz de resolver el conflicto de una maldita vez y sin hacer ruido.

Pulsó el manos libres con el índice y, mientras esperaba la respuesta, observó con agrado la impecable manicura francesa.

—Montserrat, mándeme a Silva de inmediato —ordenó finalmente sin esperar al sí de la secretaria.

Desclòs se removió incómodo en su asiento y Magda soltó el pulsador satisfecha. No podía cesarle, pero había otras formas de brear a alguien en comisaría. Y JB Silva era una de ellas.

Dos toques en la puerta y un *adelante* precedieron la entrada en el despacho del único hombre a su cargo que la incomodaba. A pesar de su escaso metro setenta, la actitud displicente cuando le hablaba y unos silencios que la obligaban de forma irritante a continuar la conversación, Magda era consciente de que JB Silva ni pasaba de todo ni era inofensivo. Solo había que ver el modo en el que lo miraban los caporales, a medias entre la curiosidad, el recelo y la admiración. Y es que no era habitual ver a alguien con su aspecto en una comisaría rural, por muy principal que fuese la de Puigcerdà. El tono oscuro de su piel y los tatuajes visibles de identificación no lo ayudaban a pasar desapercibido. Tampoco las historias que llevaban meses circulando sobre su paso por estupefacientes o los casos en los que había participado su legendaria unidad.

Magda evitó sus ojos mientras le indicaba con un gesto la silla vacía.

JB Silva llevaba cinco meses en el valle, y ella recordaba perfectamente la llamada que había recibido del poderoso comisario Millás de Asuntos Internos para informarla de que el sargento estaría destinado en Puigcerdà por unos meses. Un comienzo irregular que la había hecho sospechar desde el principio de que pudiera tratarse de un agente infiltrado por algún expediente que no querían destapar. Al principio lo había observado muy de cerca y a las dos semanas estaba convencida de que Asuntos Internos le había puesto allí para espiar su comisaría en busca de irregularidades. Como única mujer responsable máxima de una comisaría, Magda era consciente de las envidias que suscitaba y de que en las altas instancias del cuerpo había quien buscaba ver rodar su cabeza, como su propio exmarido. Tres meses después empezó a dudar del objetivo con el que Millás había puesto bajo sus órdenes a alguien con un currículum tan potente. Por eso había usado sus contactos para conseguir el expediente de JB Silva. Ahí tampoco había averiguado las razones de su traslado, pero sí descubierto una moneda de cambio muy interesante que le podía ser de utilidad si algún día necesitaba algo de él o del mismísimo Millás.

Tras entornar la puerta, Silva se había dejado caer en la silla y ahora esperaba silencioso, ignorando por completo al caporal. Magda buscó en las carpetas apiladas el informe de Desclòs sobre la desaparición de las cabras. Sentía los ojos del sargento vigilándola. La insolencia de su mirada acuosa era incluso más incómoda que sus silencios o el gesto irreverente. De buena gana le hubiese mandado de vuelta a la central, pero, rodeada como estaba de supina incompetencia, alguien que resolvía con eficacia cuanto le asignaba, sin necesidad de bombo, en verdad era una bendición. Sobre todo para un asunto como el de las cabras, delicado por su relación indirecta con el CRC. Y si se le ocurría pasarse, ella estaría atenta para atarle en corto y mostrarle qué mano sujetaba el cetro.

—Sargento, le he mandado llamar por un caso menor —dijo lanzando una mirada fugaz a Desclòs—. Se trata de la desaparición de unas cabras en Montellà. El alcalde es el propietario del rebaño y está convencido de que han sido los lobos de una finca cercana a las tierras donde tenía las cabras pastando. Verá que la semana anterior las desapariciones de cabras se produjeron en Musser, al otro lado del río, cerca de Llès. Pero céntrese en las de Montellà porque su dueño nos amenaza con denunciar

al cuerpo. Así que vaya y hágale comprender que sin indicios de delito no es la policía, sino los forestales quienes deben buscar esas cabras.

Magda esperó un asentimiento silencioso que no llegó.

—Comisaria, estoy trabajando en los robos de material del aserradero de Bellver.

Ya empezábamos.

Magda cogió aire.

Esa costumbre de añadir siempre la última palabra la sacaba de quicio. ¿A quién narices le importaba con lo que estuviese? ¿Acaso no acababa de recibir una orden clara y concisa?

Apoyó las manos en el borde de la mesa, se inclinó levemente hacia delante y clavó sus ojos en los del sargento un instante.

—Lamento que tenga que resolver ambos casos a la vez —ironizó cerrando el portafolio—, pero no creo que alguien como usted tenga problemas para encontrar un par de cabras extraviadas y al ladrón de cuatro vigas de madera a un tiempo —opinó lanzando una mirada al caporal. Dejó los documentos delante de él—. Desclòs le pondrá al día. El lunes a primera hora les espero para saber dónde estamos.

El teléfono interior interrumpió la respuesta del sargento. Magda cogió el auricular y les hizo una señal para que cerrasen la puerta al salir.

—¡Sí!

—...

—Bien, páselos —ordenó cuando ya cerraban la puerta por fuera.

—...

—Arderiu. Magda Arderiu.

—...

—¿Puede adelantarme de qué se trata?

—...

—De acuerdo. A las cuatro en punto.

Magda devolvió el teléfono suavemente a su lugar mientras procesaba lo que acababa de ocurrir. Recibir en el valle una llamada de la central no era nada habitual. Tampoco que dos agentes de la DIC (División de Investigación Criminal) se personasen en la comisaría de Puigcerdà para hablar con su responsable, ella. Se recostó en el asiento y se apartó el pelo con el anular y el meñique mientras la imagen de su exmarido cruzaba fugaz sus pensamientos. La expulsó de inmediato. Estaba claro que ocurría algo gordo, y aunque viniese de la DIC, no tenía



por qué tratarse necesariamente de un asunto personal. En cualquier caso, fuese lo que fuese, debía estar atenta y sacarle el mejor provecho.

## 4 GERARDO

Conduce por el intrincado sendero al campamento pensando que lleva casi veinte horas fuera, pero que habrá valido la pena. Tiene ganas de revisar el alijo, la despensa que ha preparado para Sancho con esa nueva dieta que intensificará el vínculo. Y se siente satisfecho, con una fortaleza y una confianza renovadas en lo que está haciendo. Sobre todo desde el momento en el que la frase de Pepe le dio la solución al problema de la falta de conexión con el animal que tanto le ofuscaba. «El éxito de la impronta está en los detalles, recordad que somos lo que comemos», había dicho mientras la cámara enfocaba los ojos de un ejemplar completamente entregado.

Y eso es lo que quiere él. Esa es la abnegación que necesita para demostrar que es el más cualificado, el justo merecedor del respaldo del maestro. Publicar sus escritos con el aval de la firma de Pepe Joffre es el espaldarazo que le hará destacar y posicionará su trabajo como referente. De ahí que haya visualizado el procedimiento tantas veces, hasta memorizar cada indicación y descifrar, leyendo entre líneas, dónde estaba la clave de esa entrega incondicional.

Pero la legitimación profesional es solo el primer paso, lo que probará la falsedad del fracasado advenedizo con el que lleva tantos años conviviendo; antes en la granja, y ahora... Ya no se conforma con el desagravio de callarle la boca, ni siquiera con finiquitar esa guerra en la que ambos llevan batallando tantos años. Ahora lo que quiere es aniquilar esa insufrible seguridad que emana de sus sentencias y desposeerle de cuanto tiene, como hizo él cuando le echó de la finca y de la empresa. Eso quiere. Y lo hará a pesar de los avatares a los que se enfrenta, a pesar de que Sancho haya empezado a sangrar con los mismos signos que acabaron, hace casi dos semanas, con el otro ejemplar. Aunque, solo de pensar en lo que perdería si le sucediese lo mismo, siente que la mirada se le convierte en granito.

Las luces del coche franquean por fin el muro de matorrales del último tramo de sendero al campamento y enfocan la pared blanquecina de la caravana. Entonces repara en que el toldo romboide, que pende del lateral para proteger la zona con la mesa y las jaulas, bombea hacia abajo por el peso del agua que ha quedado atrapada en él. Debe hacer algo con eso, porque ha oído decir a los viejos del pueblo que no habrá día seco hasta mayo y la jaula de Sancho está justo debajo. Reduce la marcha atento al paño que la cubre, a los cestos de la mesa con sus cubiertas, a la caja de herramientas y el hacha, clavada donde siempre. Sus ojos buscan a Corso, pero no ve movimiento. ¿Dónde se habrá metido el maldito perro?

Baja del coche y al contacto con el suelo se le anegan los pies dentro de las Salomón. Se dirige al portón trasero con los pantalones calados adheridos a las piernas, lo abre y coge dos de las tres bolsas negras. Al hacerlo nota un pinchazo intenso en el brazo. No necesita tocarse la venda para saber que la piel de alrededor de la herida vuelve a arder y que, probablemente, ha sido el agua helada del lavadero de Nas la que ha actuado como anestésico las últimas horas.

Se mueve en la oscuridad, satisfecho de ese instinto tan ventajoso que se ha despertado recientemente desde que vive solo en el bosque. Seguro que puede orientarse incluso mejor que Dani. Deja las bolsas sobre el tablero y decide que le propondrá algún tipo de juego para probarse. Entonces silba, pero Corso sigue sin dar señales. Avanza en dos zancadas hacia el centro del claro. Allí silba de nuevo a la oscuridad. Al instante nota cómo la rabia le crece por dentro y hace un esfuerzo para relajar los puños. Vuelve a la mesa y empieza a desatar una de las bolsas, pensando que si el jodido perro se ha largado, en cuanto acabe irá a por él como un lobo hambriento.

El primer nudo se le resiste y enciende crispado la linterna que pende del toldo para desatarlo. Un haz tenue alumbra la mesa mientras él vuelca el contenido de la bolsa en el cesto alto y una cascada macabra de pedazos cerúleos cae al fondo en una sucesión de golpes apagados. Algunos son demasiado grandes. Tendrá que cortarlos procurando no astillar los bordes, o la herida en el esófago de Sancho no sanará. En ese momento intuye movimiento a su espalda y apoya la mano en el mango del hacha. La arranca de la mesa y se vuelve atento al sendero de entrada. Más allá

del coche y la caravana todo es oscuridad. Alza el brazo lentamente y apaga la linterna.

El campamento queda a oscuras, excepto por la pálida luz espectral proveniente de las brumas blanquecinas que siembran el cielo. La adrenalina recorre su cuerpo como un torrente de lava. Un nuevo rumor le llega de su izquierda y piensa si alguien le habrá seguido, lo que habrá visto. Es entonces cuando recuerda que antes de irse movió el puesto de vigilancia y que ahora el guardián está asentado en el extremo norte del claro, entre los arbustos de enebro. Se vuelve en esa dirección, se agacha y silba por segunda vez. Al instante, la silueta del cánido se acerca en la penumbra como una sombra abatida y espectral. Probablemente lleva donde lo dejó el día anterior, sentado y alerta, tantas horas como él ha estado alejado del campamento. Se incorpora y vuelve a clavar el hacha en la mesa con un golpe seco; enciende la linterna y va a llenar el cuenco del agua. En cuanto lo deja en el suelo y se aparta, Corso hunde su poderoso hocico hasta el fondo.

De nuevo en la mesa, saca del cesto una de las extremidades. Busca en la caja de las herramientas y coge un bisturí. Extiende el miembro amputado sobre la tabla, dispuesto a trocearlo, pero se detiene un instante con la vista fija en él. Lo echa de nuevo en el cesto. Rebusca entre restos humanos hasta dar con lo que quiere. «Joven y deportista, parecía sana aunque fuese casi un esqueleto. Y desde luego ha corrido bastante antes de que la haya alcanzado. Estando como está Sancho, debe darle lo mejor de la despensa.» Esa idea le cierra los labios mientras extiende los dedos de la mano que sujeta sobre el tablero y que debe forzar para vencer el *rigor mortis*. En esa tarea repara en el esmalte, se detiene un instante y chasquea contrariado. Abre de nuevo la caja de herramientas y saca unos alicates. Pinza la uña del índice y tira de ella hasta desprenderla. Apenas le lleva un minuto librarse de las otras cuatro, que va dejando en el compartimento de las puntas de clavo mientras piensa en las decenas de miles que habrá cortado de cuajo durante su etapa en la línea de despique. El contacto frío de sus dedos sobre las articulaciones de la mano que sujeta a la mesa le devuelve a lo que está haciendo. Las palpa para separar cada falange de la unidad empezando por las distales y hunde el bisturí en la articulación cuidando bien de no astillar ninguna. La faringe herida de Sancho necesitará huesecillos romos durante un tiempo hasta sanar del todo. Esta vez no va a permitir que ocurra lo

mismo que con el otro ejemplar. Aún lo corroe la frustración cuando piensa en la oportunidad única que ha perdido y en lo que está en juego con Sancho...

Las palabras *fracasado* e *incapaz* que le lanzaba el viejo empiezan a sobrevolarle el ánimo como antiguos conocidos. Igual que sus acusaciones veladas en el funeral. Sabe que ese día hablaban el miedo y la frustración por haberla perdido, y no desperdiciará tiempo pensando si aquel desenlace fue evitable... Porque en los últimos meses de su enfermedad la abuela había dejado de ser un apoyo incondicional y dudaba de él seriamente por primera vez. Lo veía en sus ojos. Y aún no se explica por qué le molestaba tanto que ella ya no le mirase cuando le hablaba. Pero así era. Esa mirada huidiza, cargada de desconfianza y tristeza con la que le recibía, siempre acompañada de sensación de fracaso..., lo abrumaba. Por eso la culpa de lo ocurrido no era suya, sino de él, por haber socavado esa relación limpia e intensa que mantenía con la abuela y que el maldito viejo nunca había podido soportar, como tantas otras cosas en las que él era el mejor de los dos.

Ahora no le queda nada que aprecie en esa finca aparte de los beneficios de la explotación avícola, de modo que va a ir a por ellos y a librarse de él sin mirar atrás. Porque quien pasó años buscando incansablemente el modo de hundirle y dejarle solo no merece piedad. Aún recuerda cuando mintió diciendo que las madres de los niños no les dejaban volver a la finca porque él les proponía juegos extraños. Todo por el asador con el que la abuela preparaba los pollos para la venta en los mercados de fines de semana. Él solo había querido mostrarles que sí se podían ensartar los polluelos en una barra del asador y ganar la apuesta que acababa de proponer uno de ellos. Pero los animales eran tan pequeños que los picos se desprendían enteros y las cabezas les quedaban destrozadas al intentar engarzarlos en la barra. Por eso habían tenido que usar una caña de bambú. Eso había sido todo: una apuesta. Y estaba seguro de que los chicos no habían dicho nada en sus casas porque él les había advertido de que no lo hicieran, y todos le hacían caso, pues sabían que siempre tenía razón.

Dos días más tarde, cuando lo oyó hablar con la abuela, relatándose como si aquel juego fuese más que eso y emponzoñando su imagen al decir que las madres de los chicos se habían negado a dejarles volver, había comprendido que no se detendría ante nada para romper el vínculo.

Que en la lucha entre ambos no habría reglas de honor. Que estaba solo contra él. La rabia podría levantarlo del suelo cuando rememora lo que supuso ese episodio. Y sabe que a estas alturas únicamente la absoluta y radical aniquilación del contrario será suficiente desagravio.

Cuando entra en esos pensamientos tiene tantas ganas de joderle que casi le duele físicamente la frustración por no poder hacerlo... aún. Y en este momento, con los ojos clavados en los dedos con los que está sujetando la mano amputada, desea con todas las fuerzas que Sancho se entregue. Porque sin eso aún no tiene nada, nada con lo que callarle la boca al maldito viejo, con lo que conseguir lo que quiere. Y entonces levanta el hacha un poco más, concentrado en su propio índice, pensando en si habrá algo que una más que compartir la propia carne, y duda un instante con la hoja en alto mientras el fuerte deseo de que la conexión con el animal sea absoluta se mezcla con la rabia por la oportunidad perdida. Entonces deja caer el brazo con fuerza y emite un grito de descarga cuando el hacha astilla el tablero. Con los ojos fijos sobre el índice intacto piensa que antes de hacer algo tan drástico debe esperar a ver si con la nueva dieta humana su conexión con Sancho mejora.

Entonces mira la jaula y retira el paño que la protege, dispuesto a comenzar la primera toma por el vínculo perfecto.

## 5 MONTELLÀ, FINCA CAL ROIG

En el valle, el primer sábado de abril había amanecido a pocos grados bajo un cielo oscuro que amenazaba agua e ignoraba por completo la llegada de la primavera. JB Silva avanzaba por la carretera general camino de Montellà en la Ossa Palillos que llevaba restaurando desde finales de año. Era la primera vez que la sacaba para un viaje largo y permanecía atento al más mínimo detalle. Antes de llegar a Martinet de Cerdanya aguzó el oído por enésima vez y aceleró. Cada vez le costaba más conseguir los recambios originales, pero esta sonaba como los ángeles. Miró por el retrovisor y puso el intermitente para adelantar a un Cherokee verde con un cartel de «en venta» en la luna lateral trasera.

Varios coches detrás debía de ir Desclòs en el patrulla, con la misma cara de sorpresa que se le había quedado cuando al salir del edificio le había dicho que iría por su cuenta y que ya se verían en Montellà. Solo los novatos soportaban estar con él en un patrulla, y en cuanto le veían la oreja también le daban esquinazo, porque nadie quería oler durante todo el día como un vestuario después del partido.

JB observó el *jeep* al rebasarlo. Parecía bien cuidado y siempre le había gustado el primer modelo de los noventa. Puede que tras un invierno como el que acababa de pasar, y con la perspectiva de permanecer en el valle por lo menos un par de años más, no fuese mala idea apostar por algo así, con un portón amplio para transportar las motos. Aunque las últimas veces que lo había necesitado, Tato Salas le había prestado la *pick-up* y en pago solo había aceptado una invitación a unas cañas en el Insbrük. JB fijó la vista en el indicador de Montellà y superó al *jeep* sin mirar el número de contacto. Igual el pequeño de los Salas se tomaba a mal la compra. En cuanto a darle mayor uso, la época del asiento trasero en un descampado ya quedaba muy lejos.

Eso le recordó la noche anterior y sonrió pensando en que Jenny, en esa época, apenas debía de estar en primaria. Los ojos se le entrecerraron

bajo el casco. A estas alturas ya eran pocas las cosas que le sorprendían, pero debía reconocer que la lencería escarlata y los *piercings* ocultos de la noche pasada le habían dejado mudo. Y eso que la primera vez que la había visto ya supo que lo pasarían bien. Ese primer «las peras ni tocarlas» mientras él llenaba la bolsa en la frutería del Carrefour de Puigcerdà le había despertado la sonrisa y a ella el desparpajo.

Hacia tres semanas de aquello y esa misma tarde ya habían quedado. Desde entonces se habían visto un par de veces. Una noche ella lo había invitado a su piso para despedirse porque se iba unos días a Lloret, de donde era, a preparar la boda de su hermana. Al final de la velada ella le había soltado un «si quieres venir» peligroso, que él había neutralizado con un buen morreo. Ni siquiera el culo prieto y la noventa y cinco tan bien puesta de Jenny podían hacerle cambiar sus tres reglas sagradas. Porque estaba comprobado que ni el asunto de la protección se podía relegar, pues un regalito era para los restos, ni se podía pasar de las cinco citas o ellas empezaban a imaginarse que aquello era algo más que diversión y la cosa se complicaba. «Tienes que venir a una de mis clases», había dicho cuando él bromeó al encontrar una de sus prendas de *spinning* colgada en el baño. No le iba a dar tiempo a hacer de alumno, pues habían sido ya tres citas y él jamás pasaba de cinco para no confundir las cosas. Aunque debía reconocer que dos *piercings* en la... Sonrió. Eso era para contarlo.

Ahora tocaba ocuparse de las cabras de un alcalde. Solo esperaba que no le entretuviese mucho, porque era sábado, el día que él tenía reservado para bajar a Barcelona. Al virar hacia el pueblo redujo la marcha dispuesto a disfrutar de los kilómetros de curvas que le faltaban. No obstante, pensar en el día que era le había oscurecido el ánimo. A pesar de los meses transcurridos desde el ingreso en las Teresitas, seguía intacta la rabia latente y furiosa hacia los vecinos del piso de su madre por haberle forzado, con la amenaza de denuncia cuando se le incendió la cocina, a tomar la decisión de meterla en aquella cárcel para viejos en la que cada sábado la encontraba más perdida. JB tragó saliva para librarse del sabor amargo con el que esos pensamientos le llenaban siempre la boca en cuanto la recordaba sentada en la silla baja, con su vieja manta de lana roja sobre las piernas y esa labor de ganchillo imposible con la que llevaba viéndola atascada tantos meses. Tantos como llevaba él con esos jodidos autorreproches que, en cuanto la tenía delante, se agigantaban hasta



cortarle el aire. Porque solo un cabronazo encerraría allí dentro a la mujer que le había criado en lugar de cuidar de ella. El nudo en el estómago empezaba a hacerse fuerte y JB se irguió sobre la moto hasta hacer crujir la espalda justo cuando cruzaba el puente del río hacia Montellà. A ver si podía concentrarse por un rato en las jodidas cabras.

Encontró fácilmente la finca del alcalde por las indicaciones de Montserrat. La competente secretaria de la comisaría le había advertido sobre la magnitud y enclave privilegiado de la propiedad de los Roig en lo alto de una colina desde la que se dominaba cada rincón de la hondonada que rodeaba Montellà. En la entrada, JB vio a un hombre hablando por teléfono rodeado de un grupo de rottweilers oscuros. Detuvo la moto y permaneció montado, esperando y sin perder de vista a los animales. Cuando el hombre colgó, se dirigió hacia él con su séquito.

Supo que era él por su andar de patrón y la mirada altiva de los que deciden por encima de todos. Además, Albert Roig exhalaba la seguridad de quien acostumbra a salirse con la suya. Incluso los movimientos de los perros a su alrededor parecían dominados por la fuerza poderosa e intangible de su presencia. El alcalde se acercó hasta la entrada sin prisas, ajustándose con indolencia las gafas cuadradas de alambre niquelado. Sus ojos pequeños y vivos lo recibieron con desconfianza hasta que JB le dijo quién era y que venía por la desaparición de las cabras. Entonces su semblante se tornó incrédulo y no apartó la mano que apoyaba sobre la valla cerrada hasta que vio la identificación.

Luego le indicó con un gesto brusco que entrase. JB lanzó una mirada a los perros, que ladraban y se movían inquietos. Roig dibujó una mueca suficiente y bramó una orden seca que les hizo retroceder a todos. Entonces JB se acercó a la valla y estudió de cerca a su interlocutor.

Albert Roig conservaba el empaque de los viejos vaqueros: pelo cano con buenas entradas y ese tipo de sonrisa difícil del que no tiene costumbre. Cercano a los ochenta, seguía siendo un tipo imponente. Guardaba las manos en los bolsillos con suficiencia. Enseguida le soltó que Desclòs llevaba el asunto y JB respondió que el caporal estaba al caer, pero que, por lo que sabía, el asunto concernía a los forestales. La mirada sombría apareció al instante, y Roig le espetó que los robos siempre habían sido cosa de la policía, que a él le habían desaparecido cabras del rebaño que tenía pastando en sus tierras altas de Ridolaina y que eran ellos los que debían ocuparse.

—Por suerte no perderán mucho el tiempo —advirtió—. Solo tienen que acercarse a la finca de la veterinaria, lo está criando ella. Mientras tanto yo pondré la denuncia para que me pague las dos cabras. Lo que no sé es quién se hará cargo luego del animal, pero hay que quitar a ese lobo de en medio porque es un peligro para las granjas y los ganaderos de la comarca.

JB miraba a los perros pensativo, deseando que la intuición le fallase y esa veterinaria no fuese quien creía.

Cuando volvió a mirarle, el alcalde lo estudiaba de arriba abajo con atención.

—Usted debe de llevar poco tiempo por aquí, porque no le había visto nunca, y seguro que me acordaría —anunció señalándole despectivo con la punta de la barbilla—. En fin —continuó tras una pausa—, cualquiera le dirá dónde está la finca. Y si en la policía no tienen medios para acabar con el lobo, que hablen con los forestales, que ellos están bien preparados. Pero la denuncia la pondré en comisaría, como se ha hecho siempre.

El motor en marcha de un vehículo de gran cilindrada ahogó sus últimas palabras y ambos se volvieron hacia el patio. De allí salía un V8 oscuro que avanzaba hacia ellos. El alcalde, con gesto impaciente, soltó un «bueno, pues ya sabe dónde tiene que ir, ¿no?».

JB, atento al vehículo que avanzaba hacia ellos con uno de los faros delanteros resquebrajado, no respondió. El V8 se detuvo al lado del alcalde con la ventanilla bajada. JB leyó la matrícula y buscó tras el volante. Roig se acercó un tanto al vehículo y el conductor se quitó las gafas de sol para hablar con él. Bajo ellas apareció una mirada tan dura como la suya. JB tuvo que moverse para confirmar que la sombra que asomaba sobre la ceja izquierda del tipo era una mancha oscura de nacimiento. Roig observaba al conductor con el ceño ligeramente fruncido y un brillo orgulloso en los ojos.

—No te olvides de pasar por Martinet. —Le oyó decir. El tipo del V8 asintió mudo—. ¿Vas solo? —JB le vio asentir de nuevo—. Llévate a Roc.

El conductor abrió el portón trasero sin moverse. JB le vio mirar por el retrovisor mientras uno de los perros subía de un salto. El resto no se movió. Él observó al tipo con atención. Unos veintitantos, pelo oscuro y tupido, algo ondulado, y facciones rectilíneas que recordaban a las figuras de los dioses griegos. Su cabeza casi rozaba el techo del vehículo y la inclinaba ligeramente para escuchar las órdenes del alcalde, a quien

asentía en silencio. En las manos llevaba guantes de piel oscura con los nudillos perforados como los de los pilotos, y bajo la chaqueta asomaban un pulóver claro y el cuello de una camisa blanca.

—Y cuando llegues, despiértame —ordenó Roig al fin, casi como una petición.

El joven volvió a asentir y se puso las gafas. Le costaba tanto sonreír como al alcalde, pero por edad no podía ser su hijo, a no ser que el edil tuviese una mujer muy joven. El tipo puso la marcha y arrancó.

JB lo observó alejarse. Le había ignorado deliberadamente, con ese aire ligeramente despectivo con que los autóctonos miraban a los que no lo eran. En cuanto desapareció el vehículo, JB oyó a su espalda la voz categórica de Roig.

—Baje todo el camino hasta el cruce y tuerza a la derecha hacia Ridolaina. Ahí tiene la casa de colonias. No vaya a la izquierda, porque subirá a Montellà. Cuando pase Ridolaina, el siguiente pueblo es Santa Eugenia. Ahí la tiene. La finca está rodeada por una valla de piedra de más de dos metros de altura con un acabado como en ondas. La verá enseguida. Allí tienen al lobo —asintió con convencimiento—. Desde aquí no tiene pérdida.

JB tragó saliva. Efectivamente, el tipo estaba hablando de la finca Prats, la de la veterinaria a la que él casi había empapelado por un crimen que no había cometido. Su primer caso en el valle y del que JB no guardaba muy buen recuerdo, la verdad. Ya era mala suerte tener que volver allí. Y ahora a por un animal. Les iba a parecer un completo imbécil.

—¿Está seguro de que en la finca Prats tienen un lobo? Esos animales son salvajes.

La contrariedad cruzó fugazmente el rostro del alcalde y al instante apareció esa expresión de perdonavidas que JB detestaba tanto en los autóctonos.

—Lo tienen. Hay quien lo ha visto. Y estoy convencido de que la veterinaria lo suelta para que se busque la vida con los rebaños ajenos. Esas Prats siempre van a lo suyo. Pero esta vez no ha topado con cualquiera. Que se calce, porque le voy a cobrar las dos cabras a peso. Si supiera dónde lo tiene, yo mismo iría a acabar con ese animal.

—Según el informe del caporal Desclòs, esa misma semana también desaparecieron cabras en Musser. Y eso está bastante retirado para haber

sido un lobo de este lado del río.

Al instante, el rostro del alcalde se convirtió en un volcán.

—¡No sé nada de Musser! —afirmó furioso—. Allí solo hay unos desgraciados a los que un incauto de Valls les vendió un centenar de cabras sin tener ni idea del negocio. No me extrañaría que las que dicen que les han desaparecido las hubiesen extraviado ellos mismos, porque no saben lo que tienen entre manos. Y lo que les pueda pasar les está bien empleado por meterse en negocios ajenos. Aquí somos la quinta generación de ganaderos, y le puedo asegurar que a un profesional los animales no se le pierden. Alguien se los roba o se los lleva el lobo como ahora, pero no se pierden. Esos indeseables del otro lado del río no hacen más que copar los prados y apropiarse de las zonas altas que desde siempre habían sido libres. Suben las bestias antes de tiempo y lo destrozan todo. No tienen ni idea, ya se lo he dicho —zanjó con decisión.

JB asintió. Las trifulcas entre vecinos no eran asunto suyo. Por el momento habían acabado.

—Bueno, vamos a investigar el asunto del lobo. Le mantendré informado. Pero si no podemos demostrar nada, tendrá que hablar con los forestales.

Roig dio un paso al frente. Su rostro seguía como la grana.

—Los forestales no me van a resolver lo del cobro. De momento, el lunes a primera hora pondré la denuncia.

JB pensó en la veterinaria y en lo que les había oído a los Salas de cómo la había dejado el accidente.

—Mejor que espere un par de días a ver si podemos averiguar algo más. —El hombre lo miró desconfiado. JB enarcó las cejas—. Si puede adjuntar pruebas fehacientes de que ha sido el lobo, la denuncia será más contundente y el cobro de la indemnización más rápido.

Le vio asentir algo receloso. Cuando se ponía el casco, ambos oyeron un motor. En lo alto de la cuesta apareció el coche patrulla con Desclòs al volante.

—Mire —indicó Roig alzando la mano al caporal con agrado—, ahí le tiene.

JB cogió el casco y subió a la moto. Roig le observaba en silencio.

—Recuerde que en la casa de colonias le confirmarán que solo puede haber sido ese animal. Vaya ahora, que le viene de paso. Aunque Arnau me dijo que iría. Ahora veremos si ya lo ha resuelto.

JB sabía que el caporal no había ido. Desclòs jamás iría solo a la finca Prats.

Con la torpeza de su casi metro noventa, el caporal salió del vehículo y saludó cordialmente a Roig, que le preguntó por su padre.

JB se masajó los párpados. Esa era una de las cosas de Desclòs que más le encendían: la reverencia con la gente de posición. Y ese «somos del clan», para el que daba igual que fuesen sospechosos o no, como había ocurrido con el hijo de Jaime Bernat, lo ponía enfermo. Decidió cortarlo de cuajo. Se despidió del alcalde y con un seco «vamos a Ridolaina» informó a Desclòs, cuya expresión de asombro indignado le hizo sentir mejor de inmediato.

## 6

### VALLE DE RIDOLAINA

La casa de colonias de Ridolaina resultó ser un complejo preparado para recibir a grupos de niños, escuelas o familias con el fin de disfrutar de actividades de montaña. Cuando llegaron a la zona del aparcamiento delante del edificio principal, de piedra con postigos de madera oscura y muebles exteriores de pino barnizado, en el campo colindante se jugaban varios partidos de fútbol a la vez. JB dejó pasar a Desclòs y aparcó la moto al lado del patrulla. En cuanto se quitó el casco, el griterío de los chicos le inundó los oídos. Echó un vistazo y calculó que debían rondar los diez o doce años. La mayoría controlaban a distancia el coche de policía sin perder de vista el balón. Desclòs seguía dentro del patrulla, hablando por teléfono con las ventanas cerradas. JB imaginó el olor que una conversación larga podía dejar en la cabina y memorizó la matrícula para evitar ese vehículo. Luego se volvió hacia la casa y estudió el terreno.

A la derecha del edificio estaban la piscina y una zona de césped con un par de carpas blancas pequeñas bajo las que jugaban unas niñas. Detrás, en una parcela cercada, deambulaban media docena de bretones de crin clara y un par de mulas. A la derecha de la piscina, bajo una estructura de madera aireada, habían alineado varias hileras de sillas ante una pizarra blanca en la que un hombre con el brazo izquierdo vendado dibujaba un pájaro grande. Al lado habían aparcado un Patrol con el maletero a un par de metros de los primeros bancos. En cuanto el tipo hizo sonar una especie de silbato, un grupo de chavales echaron a correr hacia él y ocuparon las sillas vacías entre gritos, risas y empujones. El hombre abrió el portón trasero del vehículo y JB vio dentro una jaula cubierta por un paño como las de los prestidigitadores.

Mientras lo almacenaba todo en la memoria vio salir a un hombre de la casa. Alto como un junco, pelo castaño recogido en una coleta baja, camiseta desgastada con la leyenda *Salvem l'ós bru*, pantalón con bolsillos laterales y en los pies unas Salomón muy usadas. JB se volvió.

Descòls seguía en el coche con el móvil; con suerte eso le daba unos minutos para presentarse. El tipo avanzó hacia él con paso fluido. Cuando sus miradas coincidieron, JB supo que su visita no le pillaba por sorpresa.

—Hola, soy Dani —anunció ofreciéndole la mano y una sonrisa cordial—. Me acaba de llamar Roig para decirme que vendría la policía.

—JB Silva —anunció JB encajándole la mano—. Veo que las noticias vuelan.

—Bueno, por aquí cualquier movimiento es noticia. También me ha dicho que vienes por lo de las cabras. —JB asintió—. No sé si voy a servirte de mucha ayuda.

—El alcalde dice que fue un lobo.

Dani sonrió condescendiente.

—Sí, está convencido. De hecho me ha pedido que corroborase sus sospechas, pero lamentablemente no puedo. Por lo menos no sin ver los restos de las cabras, que, por cierto, no han aparecido. Pero como estas tierras que nos rodean son tuyas, te agradecería discreción con lo que acabo de decirte.

—No hay problema —asintió JB—. ¿Y dices que no hay restos de las cabras?

—No. Sencillamente desaparecieron. No es extraño: los lobos suelen dejar restos de sus presas, pero en el monte lo que queda siempre hay alguien que lo aprovecha.

—Entonces puede haber sido el lobo.

Dani negó con el gesto.

—No creo. Del único que se sabe por la zona es del que tiene la veterinaria, y es una hembra que parió hace poco. Aún está amamantando, así que no se alejaría tanta distancia de sus cachorros, a no ser que les fuese la vida. Y, conociendo a Dana, seguro que no es el caso.

JB permaneció en silencio. La veterinaria de Santa Eugenia le recordaba un episodio en el que no había estado muy acertado como policía. Intentó obviar a Dana Prats y buscar argumentos para ahorrarse la visita a la finca.

—¿Hay algún modo de demostrar que no ha sido el lobo?

Dani negó con convencimiento.

—Lo lamento, pero sin esos restos no podemos asegurar nada. A no ser que se hiciese un análisis de heces de la loba. Pero, aun así, ya hace

varios días. Sería muy complicado.

—Pues el lunes va a poner una denuncia. Dice que quiere cobrar las dos cabras que ha perdido y que la veterinaria es la culpable por tener a un animal peligroso en su finca. De hecho, quiere que acabemos con él.

Dani negó con el gesto.

—Por aquí hay mucho prejuicio. Los payeses van a lo suyo y no escuchan a nadie. Si lo hicieran, sabrían que los lobos son los reguladores por excelencia de la fauna de los montes. Cuando se erradican los lobos de una zona, como ocurrió en este valle hace décadas, la proporción de herbívoros crece exponencialmente y eso acaba cambiando la flora de la región e influye en todo el ecosistema. —JB escuchaba—. Ya ves, la mala fama también convierte a algunos animales en proscritos, como a ciertas personas.

—¿Te refieres a la veterinaria?

Dani sonrió.

—Me refiero a todo el que no sigue las normas y va por libre. —JB asintió mientras Dani le sostenía la mirada en silencio.

—De acuerdo. Veré lo que puedo hacer para detener esa denuncia. Por cierto, en Musser también han desaparecido un par de cabras.

Dani frunció el ceño.

—Allí solo tienen cabras los Cabot, ¿no?

JB asintió. Recordaba el nombre del informe de Desclòs.

—No me ha parecido que fuesen muy amigos del alcalde.

Dani rio y JB vio varias gotas de lluvia posarse en los hombros de su camiseta. Las ignoró por completo.

—Están a matar, pero es comprensible. Por aquí el negocio de las cabras está en manos de cuatro, y todos se conocen. Además, los Cabot hace poco que las tienen. De hecho se han dedicado toda la vida a los quesos de vaca y oveja. Tienen un buen nombre en esas especialidades, creo que incluso han ganado algún premio. Ahora, desde hace varios años, también se dedican al de cabra y hasta hace poco compraban la leche. Cuando decidieron hacerse con los animales para controlar todo el proceso, a algunos no les gustó. De hecho se hacen trastadas continuamente, sobre todo en la época de subir el ganado a los prados altos.

JB miró la hora en la pantalla del móvil y se volvió. Desclòs seguía al teléfono, Dani esperaba en silencio y él procesaba la información, que



apuntaba a que probablemente aquello no fuesen más que trifulcas entre vecinos. El único problema era el empecinamiento del alcalde en el maldito lobo, lo que le obligaría a hacer una visita a la finca Prats.

—Bueno, no te entretengo más. Seguro que no hay modo de demostrar que no fue el lobo, ¿no?

Dani sonrió.

—Creo que no, pero igual a Gerardo se le ocurre algo —dijo señalando hacia donde el dibujante daba la clase al aire libre.

JB asintió.

Mientras se acercaban, el tal Gerardo pidió silencio a los chicos y retiró el paño de la jaula que había sacado del Patrol. JB vio un animal que no supo reconocer. Todos permanecían en silencio. Incluso cuando el tipo volvió a cubrir la jaula.

—¿Qué animal es ese? —preguntó JB.

—Un quebrantahuesos. Gerardo está haciendo una tesis sobre la impronta de esa especie en concreto. Viene del Centro de Recuperación del Quebrantahuesos de Zaragoza (CRQ) y llegó hace unas semanas para imprimir las dos crías de una misma pareja que ya tenía localizada. Se apostó al pie del nido, pero el generador de la caravana le dio problemas y se instaló con nosotros un par de días. Tiene tanta maña con los chavales que le hemos pedido que nos echase una mano mientras estuviese por aquí. Además, es una suerte que los chicos puedan ver tan de cerca una cría de esa edad. La verdad es que es un plus nada habitual para las colonias.

JB le miraba escéptico. Había cesado la llovizna. Dani le devolvió una sonrisa amable.

—Estos bichos construyen los nidos en los entrantes de las paredes de roca, en grietas a ochenta o cien metros de altura. Es casi imposible tener acceso a las crías. De hecho, Gerardo tuvo que montar un sistema de poleas para poder subir durante días a ver los huevos, hasta que estuvieron listos. No sé ni cómo pudo sacarlos, porque los progenitores no suelen dejar las crías ni a sol ni a sombra.

JB asintió y se volvió hacia la clase preguntándose qué hacía allí cuando debería estar ya camino de Barcelona. El calor que producía la imagen de la finca Prats en su mente respondió a su pregunta. Gerardo mostraba a los chicos una cáscara de huevo bastante grande a través de una luz para que viesen el interior. Dani siguió hablando.

—Esa es una de las que pudo recuperar del nido —anunció—. Los quebrantahuesos solo ponen dos huevos por pareja y temporada, que se rompen con una diferencia de pocos días. Y solo uno sobrevive: el más fuerte acaba con el hermano. Es el cainismo propio de la especie. Con una dieta tan especializada y escasa es el único modo de asegurar la supervivencia. Gerardo tuvo mucho cuidado en mantenerlos separados para que sobrevivieran las dos crías, pero hace algunos días una empezó a sangrar y murió. Probablemente por las astillas. A la otra parece que ha podido recuperarla.

—¿Astillas?

Dani sonrió.

—Son osteófagos, excepto los primeros días, que tragan algo de carne y ternillas. Empiezan pronto con trozos pequeños de hueso y ahí es la parte más delicada. Si las astillas les dañan el canal y empiezan a sangrar, es difícil que sobrevivan. Aunque este también sangraba y hoy ya no. Llevan décadas en peligro de extinción.

JB empezaba a estar un poco harto y convencido de que nada de lo que le estaban contando evitaría tener que pasar por la finca.

Dani se lo quedó mirando.

—Perdona, tú venías por el asunto de los lobos y te estoy dando la charla... Vamos.

JB lo siguió sin convencimiento y ambos se detuvieron a pocos metros de la pizarra. Uno de los chicos dibujaba un hueso mientras Gerardo trasladaba la jaula cubierta al Patrol. JB se oyó preguntar:

—¿Por qué lo tapa?

—Es parte del proceso de imprimación.

JB le miró sin comprender.

—La impronta es el nexa que aparece después de semanas o meses de trabajo con el animal, cuando este llega a ver a su cuidador como de su propia especie. Es como su referente, su alma gemela.

—Y eso ¿qué sentido tiene?

—En el caso de especies en extinción, mucho. Si se hace bien, los resultados son impresionantes y en pocos años se puede regenerar una población casi extinguida en una zona. Gerardo, por ejemplo, si concluye con éxito el estudio etológico, tiene plaza confirmada en la CRQ de Zaragoza, uno de los centros especializados en quebrantahuesos más importantes del mundo.

Dani hizo señas al etólogo para que se acercase. Gerardo se dirigió a los chicos mientras cerraba el portón del Patrol.

—Vale, id saliendo por orden y en silencio a la pizarra. Y dibujad algo que pueda comer Sancho. Si os oigo murmurar, me lo llevo. ¿Entendido?

JB miró las fotos con explicaciones que decoraban un panel atornillado a la izquierda de la pizarra. Delante, sobre una mesa larga, estaban la caja de rotuladores y una balanza antigua con pesos de metal en uno de los cuencos y un trapo lleno de pequeños huesos larguiruchos y bastante limpios en el otro.

—¿Eso son los huesos?

Dani asintió.

—Son del pollo que comimos ayer, aunque Gerardo suele cazar presas pequeñas para alimentarle, como conejos. Estos días también nos echa una mano en la cocina hasta que encontremos otro pinche. Al último le salió un trabajo y se despidió por WhatsApp. Si sabes de alguien a quien le interese...

JB negó.

Cuando Gerardo llegó donde estaban, Dani les presentó.

De su misma altura y complexión, el biólogo era un tipo de montaña con la piel tostada y el aire fresco de la gente que vive en la naturaleza. Se movía de un modo armónico, casi jovial, y emanaba una energía positiva que se notaba en cada gesto con el que acompañaba las palabras. Costaba imaginarle en el centro de una gran ciudad como Zaragoza. Se saludaron y JB notó una mano fuerte y curtida que encajaba la suya con resolución. Un apretón breve sin florituras ni tiempos muertos. Si había algo que de verdad le molestaba eran los apretones flácidos, indecisos o interminables. JB se sintió estudiado por unos ojos rasgados de mirada directa sobre una barba incipiente y bastante mal recortada. El biólogo buscó a Dani en silencio.

—Viene por lo de las cabras de Montellà —respondió él—. Roig sigue obcecado con la loba y el sargento preguntaba si hay algún modo de demostrar que no ha sido ella.

La mirada del biólogo se transformó de inmediato. Bajo la barba apareció una sonrisa amplia y amistosa.

—Estoy seguro de que no ha sido la loba. Además, nadie ha visto los restos de esas cabras, así que no podemos saber ni siquiera si es cierto

que las ha perdido. Eso dice él, pero nadie le ha pedido que lo demuestre y, personalmente, no me fío de ese tío.

JB asintió. De repente los ojos de Gerardo se agrandaron igual que los dientes entre sus labios.

—¡Dios! ¿Es tuya? —preguntó mirando la Ossa. JB asintió mientras el biólogo apoyaba una mano en el hombro de Dani—. Aún recuerdo los berrinches que pillaba cuando el abuelo no me dejaba la suya. Soñaba con ella, tío, ¿te lo puedes creer?

JB sonrió.

—¿Y has acabado comprándote alguna?

Gerardo negó.

—Qué va, si me paso la vida de un lado a otro como los nómadas. A ver si me dan la plaza en Zaragoza y me instalo allí.

—¿Eres maño? No tienes acento.

—¡Qué va! De Barcelona. Pero en Zaragoza está el centro mejor dotado. Por eso quiero esa plaza.

JB asintió.

—Es la primera vez que oigo hablar de eso que haces.

—Sí —sonrió Gerardo—, la imprimación no es algo muy conocido. Y menos con un ave. Es más común con perros o lobos. Los mamíferos presentan facilidades por los sentidos. —JB le miró sin comprender—. Sí, hombre, funcionan por feromonas, olfato, como nosotros, y eso les predispone. Las aves no tienen olfato, funcionan por la vista, imágenes. Por eso es importante que cuando se alimenten solo vean al imprimador, de ahí el montaje con la tela que cubre la jaula. Con tanto crío por los alrededores, tengo que andar con mucho ojo, son animales frágiles. —JB lo miró incrédulo y lo vio fruncir brevemente el ceño cuando Descloès apareció tras ellos. Gerardo continuó dirigiéndose a él—. Los quebrantahuesos no se meten con nadie y se alimentan de los últimos restos del banquete. —Se quitó los guantes y miró a Dani—. Por cierto, ya han llamado los del generador. Luego iré a por él y pasaré un momento por el campamento antes de la cena. Sancho está más tranquilo allí.

Dani asintió y Gerardo miró a JB.

—Bueno, tú venías por la loba, ¿no?

JB recuperó el hilo de lo que habían ido a hacer allí.

—Solo por ver si podemos avanzar en algo y evitar la denuncia contra la veterinaria.

Gerardo chasqueó con desazón. JB se mantuvo atento a Desclòs por si intervenía con alguna de sus salidas de tono. El biólogo continuó sin darle opción al caporal.

—Esta gente se pasa la vida entre animales y no tienen ni idea. —Sus ojos se encontraron de nuevo. Los del biólogo transmitían determinación—. De todos modos, ya te digo que la loba no ha sido. Y menos estando en la finca de la veterinaria, que seguro que la tiene bien alimentada.

—Ya, pero el tío tiene claro que hay que acabar con ella. Ha dicho que él mismo lo haría si supiese dónde estaba.

—Ese tío es un capullo —acusó Gerardo con vehemencia—. En serio, se pasea por el monte como si fuese suyo.

—Bueno, técnicamente lo es —apuntó Dani.

Gerardo soltó un chasquido irritado.

La incomodidad de Desclòs se hizo evidente. Dani lanzó una mirada de advertencia a Gerardo, que asintió casi al instante.

—Bueno, acabo con esto —dijo señalando a la pizarra— y voy a por los conejos. Me ha dicho Ana que necesitaría seis. ¿Quieres que guarde las pieles como el otro día?

Dani asintió.

—Sí, seguiremos con lo de los zurroneos. A los chicos les gusta y con las pieles solo necesitamos los cúteres y la cuerda para tenerlos un buen rato entretenidos. Además, esta tarde va a llover y no podremos cortar troncos como habíamos previsto —añadió mirando al cielo.

—Para hoy quedan algunos restos del otro día en el cobertizo de las herramientas, pero las pieles de hoy no estarán secas.

Gerardo miró a JB y asintió como despedida. Él respondió con el mismo gesto.

—Nosotros también tenemos que irnos —anunció estrechando la mano que le tendía Gerardo. Saltaba a la vista que Desclòs quería intervenir, pero también que nadie parecía dispuesto a dejarle. Eso le hizo sentir cómodo.

El biólogo hizo ademán de irse, pero cuando se había alejado unos pasos se volvió.

—Me tienes que dejar probarla —pidió señalando la moto.

JB sonrió por el arranque.

—Cuando quieras.

Gerardo asintió e inmediatamente frunció el ceño.

—Por cierto, mañana vamos a ver el partido a La Tasca. Si quieres apuntarte —ofreció evitando mirar a Desclòs, que se movió incómodo.

JB contuvo la sonrisa.

—¿El derbi? No, gracias. Por aquí seguro que todos llevan la misma camiseta...

Gerardo y Dani se miraron.

—¡Joder!, no me digas que eres perico.

JB negó.

—Soy más de motor, pero mi padre fue fundador de la peña de Cornellá.

Gerardo miró de nuevo a Dani, luego a JB.

—Pues tienes que venir, a ver si dejan de coñearme ahora que seremos dos. Vamos, mañana noche. La Tasca.

JB recordó el local: diáfano, con grandes pantallas y sembrado de mesas altas desde las que uno podía ver el partido en cualquier dirección que mirase. Un derbi con cerveza y bravas. ¿Por qué no?

—Si puedo, me acerco.

Gerardo asintió satisfecho y se alejó hacia el Patrol.

Dani les condujo de vuelta al aparcamiento.

—Bueno, ya sabes dónde estamos; vuelve cuando quieras para otra clase de fauna pirenaica. —Sonrió y bajó la voz sin apartar la vista del caporal, que se había adelantado unos metros—. Te agradecería discreción con lo que hemos hablado del lobo. Roig tiene mucha influencia por estos lares y es de los que te pueden complicar la vida.

JB asintió y encajaron las manos de nuevo. Miró a Desclòs y no pudo evitar la pregunta.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

—De Alella, pero mi mujer es de Bellver, y aquí estamos... —sonrió con resignación.

Se despidieron y JB fue hacia la moto. Desclòs le esperaba al lado del patrulla. JB cogió el casco decidido a librarse del caporal de inmediato.

—Bueno, parece que la loba no ha tenido nada que ver, así que me voy a Barcelona. Nos vemos el lunes —zanjó.

—¿Y no vamos a pasar por la finca de la veterinaria?

Tras la conversación que acababa de mantener con los dos biólogos, la voz de Desclòs le pareció aflautada.

JB se puso el casco.

—No tenemos nada, ni siquiera los restos de las cabras. Si te apetece hacerle una visita a la veterinaria, por mí perfecto, pero yo me voy a Barcelona, que empieza a llover y he quedado.

—Pero Roig está seguro de que...

—Pues ve tú solo y el lunes me cuentas —cortó con destemplanza e hizo una pausa—. Ándate con cuidado, no te vaya a echar un mal de ojo.

Sonrió de espaldas al caporal mientras se ajustaba el casco. No había podido contenerse. Sabía que Desclòs no iría solo a la finca porque aún recordaba su disertación de algunos meses atrás sobre las tendencias a la brujería de las mujeres Prats y su mirada entre amedrentada y rabiosa al hablar de ello. No, el caporal tenía demasiado miedo de que lo que las habladurías habían diseminado por el valle fuese cierto. JB se ató el casco y volvió a mirar la hora. Si era una visita corta, le daba tiempo a pasarse antes de bajar a Barcelona.

Subió a la moto y arrancó con el estómago encogido. Pensó en Miguel Salas, su compañero en la academia de capacitación y nieto del excomisario Salas Santalucía, antiguo responsable de la comisaría de Puigcerdà. Miguel conocía a la veterinaria desde la infancia y tenían algo que JB no acababa de descifrar. Podía decírselo para que se marcara un tanto al advertirla de que Roig iba a ir a por ella. O podía acercarse y, tras el asunto de los Bernat, en el que había estado tan poco acertado, limar asperezas con ella. La espalda empezó a humedecerse en cuanto vio las primeras casas de Santa Eugenia. No era la veterinaria la que le preocupaba, sino volver a la finca Prats, donde se arriesgaba a encontrar a la letrada.

La mejor amiga de la veterinaria era Kate Salas, abogada y socia en un bufete importante de Barcelona, que solía instalarse en la finca cuando subía al valle los fines de semana y que, con sus escasos escrúpulos y enardecidos humos, le había complicado la existencia durante su primer caso en la zona, el asesinato de Jaime Bernat. Además, era la hermana de los Salas, Miguel y Tato, con los que le unía una buena amistad.

JB la había visto un par de veces desde la resolución del caso Bernat. La primera, hacía ya unos dos meses, en la gasolinera de la recta a Puigcerdà. Le había pillado tan de sorpresa volver a verla que se había quedado dentro de la tienda, haciendo tiempo delante de los anticongelantes mientras la observaba llenar el depósito, coger un

paquete doble de Donuts bombón y pagar con tarjeta. Poco después la había vuelto a ver en el banco.

De eso hacía tres semanas, y ese día apenas le dio tiempo a salir de la sucursal sin ser visto. Fuera se puso el casco y esperó a verla aparecer. Cuando salió de la oficina con su chaqueta blanca, el bolsazo y el móvil en la mano, la letrada parecía sacada de un anuncio de El Corte Inglés. La vio abrir el coche con el mando a distancia, mirando hacia otra parte con la barbilla en alto. Un maldito Ferrari entre utilitarios: eso era la hermana de los Salas, alguien que jugaba en la Champions mientras el resto de los mortales se arrastraban por las regionales. Y ella lo sabía bien.

Camino de Santa Eugenia, JB confiaba en que la letrada siguiese en Barcelona castigando a algún desgraciado en los juzgados y que fuese la veterinaria la que lo recibiese. Aceleró tras la primera curva con el ceño cada vez más fruncido. Solo pensar en la finca Prats le hacía sentir una exposición insana.